

EL PAÍS DE LOS MUERTOS¹

Francisco M. López Serrano

Cuento ganador en la modalidad de castellano, del XXII “Concurso de Cuentos – Villa de Errenteria”, organizado por “Ereintza Elkartea”, con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria”

NOTICIA BIO-BIBLIOGRÁFICA:

Francisco Miguel López Serrano.
Épila (Zaragoza), 1960.

OBRAS PUBLICADAS:

Prosa:

- *El Mercado de los Duendes*, IFC. Zaragoza, 1998.
- *Las Hordas de la Aurora*, Tantín. Santander, 1999.
- *El Hígado de Shakespeare*, DVD. Barcelona, 2000.
- *Sabor de Malta*, Kutxa. San Sebastián, 2001.
- *Dios es Otra*. DVD. Barcelona, 2002.

Poesía:

- *Ars Moriendi*, Genil. Granada, 1986.
- *Un funesto deseo de luz*, IFC. Zaragoza, 1990.
- *La afable vecindad de la muerte*, Editora Regional. Mérida, 1997.
- *La caricia de un sueño*. Zaragoza, 2002

Traducción:

- Dante Gabriel Rossetti, *La Casa de la Vida*, Pre-Textos. Madrid, 1998.
- Thomas Hardy, *El Gamo ante la Casa Solitaria*, Pre-Textos. Valencia, 1999.

En 1993 obtuvo una ayuda a la creación literaria del Ministerio de Cultura por el libro *La afable vecindad de la muerte*, y en 1995 otra por la traducción de la obra del poeta inglés Dante Gabriel Rossetti. Ha obtenido, entre otros, los siguientes premios literarios:

“Ciudad de San Sebastián”, “Manuel Llano” (en dos ocasiones consecutivas), “Gabriel Aresti”, “Imagínate Euskadi”, “Premio Ciudad de Zaragoza”, “Isabel de Portugal” (en dos ocasiones), “Feria del Disco de Chile”, “Musquiz”, “Premio Extremadura a la Creación”, “Premio Jaén”, “Villa de Rentería” (en tres ocasiones), “Olula del Río” de novela corta, finalista del premio “Ateneo de Valladolid” de novela, “Certamen de Traducción de la Universidad de Extremadura”, etc.

¹ El jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Jon Obeso, Ezequiel Seminario y Antton Obeso.

Recuerdo que en una ocasión le pregunté a mi padre por el destino de los muertos, una de esas inquisiciones infantiles que siempre terminan poniendo en un aprieto a los mayores. Papá entonces, no sé si en broma o en serio, me demostró que la muerte era imposible:

– Dicen –comenzó a decir en tono divagatorio mientras rodeaba mis hombros con su brazo– que cuando morimos, en el último instante de nuestras vidas y durante una fracción breve de tiempo, vemos pasar como en una película toda nuestra existencia. Si eso es cierto, al evocar toda nuestra vida, rememoraremos también ese momento final de nuestra agonía en el cual sucede como un relámpago toda nuestra existencia y en éste toda nuestra existencia y de nuevo en ella ese último instante de evocación y otra vez en él toda nuestra existencia, y así infinitamente: ergo nunca morimos.

Calló y quedó absorto contemplando por la ventana un punto impreciso perdido en el oro viejo de la tarde. Yo lo miraba perplejo sin comprender. Aficionado a la paradoja del eleata y al libro infinito de Las mil y una noches, papá, que no podía conformarse con la explicación simple o evasiva que en tales circunstancias suele darse a un niño que interroga sobre la muerte, había urdido aquella sofisticada respuesta y como no ignoraba que yo entonces no podía entenderlo, pienso que habló para sí mismo, tal vez para recrearse en sus propias palabras o quién sabe si para consolarse él mismo de la idea de la muerte, para erigir mediante la frágil materialidad de las palabras un refugio donde guarecerse de la vasta y desolada intemperie que la sola mención de la muerte despliega ante nosotros. Pero si entonces no pude entenderlo, ahora, con el tiempo a mi favor (esto último, naturalmente, es sólo una forma de hablar), ahora que papá está muerto, que todos ellos están muertos, pienso que acaso tuviera razón, que tal vez nadie muere sino que tan sólo, ensimismados en nuestros propios recuerdos, nos perdemos. Tal vez la muerte, como la hija del visir, nos cuente al oído en una noche interminable nuestra propia historia. Quizás la misma muerte no nos deje morir.

Por entonces yo debía de contar apenas cuatro o cinco años. Era verano y me hallaba pasando con mis padres unos días en el pueblo, en casa de los abuelos. La noche en

que aconteció el suceso que constituye el motivo de estas líneas (y que provocaría mi pregunta y la respuesta de papá que he referido arriba), con la excusa de alguna celebración familiar, había acudido a cenar parte de la familia de mamá y algunos amigos. Este tipo de reuniones, que solían ser habituales durante las vacaciones estivales, tenían la finalidad de congregarse a los miembros dispersos de la familia, y se habían iniciado no sin cierta reticencia por parte de los hermanos y cuñados de mamá ante la presencia de papá que les producía esa sensación de incomodidad y de retraimiento que se deriva del trato igualitario entre personas de distinta clase social o formación, e incluso ante la propia mamá, a quien sus hermanos, gentes sencillas, consideraban ya por su matrimonio, ya por sus maneras ciudadanas o sus hábitos culturales adquiridos, casi una intrusa. Sin embargo el carácter llano y jovial de papá no sólo había disipado al poco tiempo cualquier prevención inicial hacia su persona sino que le había hecho acreedor de una simpatía sin fisuras. Papá sabía estar a la altura en cada circunstancia, tanto cuando se veía forzado a secundar, sin perder un ápice de su ironía o de su distanciamiento, las complicidades tremendistas y los chistes gruesos de ellos, como cuando debía mostrarse atento, comprensivo y sensible ante los asuntos de ellas, generalmente intocables para cualquier hombre del propio medio social.

Era aquella una clara y tibia noche de agosto, con el cri-cri lunar del grillo de las églogas y el soplo tibio de la brisa penetrando por la ventana, impresiones que quedan para siempre en el idioma de la memoria como el anverso y reverso de un mismo signo sensitivo. Todo el mundo se hallaba de buen humor especialmente la abuela quien, sin apenas hablar y ajena a cualquiera de las muchas conversaciones triviales de la mesa, se mantenía sin embargo erguida y expectante, atenta a una síntesis de todas ellas que le llegaba como un rumor de fondo, indiscernible y no obstante familiar y tranquilizador, como esos ruidos domésticos que dan sosiego al niño entre dos sueños. Un rumor que para ella debía de ser algo así como el latido de su propia sangre circulando en los suyos.

De pronto apareció tía Elvira llevando en las manos una bandeja con una monumental tarta casera. Hubo un gran alborozo, sobre todo por parte de los niños, y yo

observé que los ojillos de la abuela se iluminaban con un destello de codicia infantil. Tía Elvira respondió a la general ovación con una irónica reverencia y comenzó a dividir la tarta en porciones que fue repartiendo entre los comensales. Cuando, siguiendo un orden distributivo rigurosamente arbitrario, le llegó el turno a la abuela, tía Elvira cortó un minúsculo pedazo, lo colocó en el plato y se lo ofreció diciendo en un afectado tono de conspiración:

– Hoy, como es un día especial, vamos a hacer una pequeña trampa.

Mamá entonces le reconvino con brusquedad:

– Elvira, por favor, sabes que mamá tiene totalmente prohibido comer dulces.

– Mujer –replicó tolerante tía Elvira–, sólo un poquito para que la pruebe, un poquito no puede hacerle daño.

– Vamos –acudió papá–, en un día como hoy y sólo por una vez, no va a pasar nada.

– Claro, mujer –suplicó la abuela con un punto de ansiedad en la voz–, déjame comer un poco, sólo probarla.

– Ni hablar, mamá. Ya sabes que en el último control que te hicieron te había subido el azúcar. No debes probar ni un bocado –concluyó mamá en un tono tajante que no dejaba ya lugar para ulteriores réplicas.

– Pues para vivir así más valdría morirme –murmuró aún la abuela con un deje de voz y un mohín casi infantiles.

– Mamá, por favor – le respondió su hija–, ya sabes que es por tu bien.

Tía Elvira retiró el plato y se encogió de hombros haciendo una mueca de impotencia. Por un instante vi el rostro resignado de la abuela contemplando la tarta y a quienes la comían con evidente satisfacción y avidez y advertí en su mirada una inmensa tristeza. Pero enseguida bajé la vista y me dediqué a despachar con fruición mi parte.

Habíamos concluido ya los postres cuando llamaron a la puerta. Alguien abrió y, desde el umbral, el vecino de enfrente avisó que a tío Luis, el hermano mayor de mamá, le llamaban por teléfono. Este hecho, si bien ocurría con alguna frecuencia, pues los abuelos carecían de teléfono y las llamadas las recibían a través del de sus vecinos, a una hora tan avanzada no auguraba nada bueno. En el campo entonces, no sé si toda-

vía, lejos aún de ese uso habitual y festivo que se hacía ya de él en la ciudad, el teléfono era un artilugio que se hallaba revestido de una enorme solemnidad, ya que a menudo era el conducto por el cual se recibía la noticia de una muerte o de algún otro acontecimiento trascendente y fatal. Por tanto una llamada en la noche era algo temido, pues, teniendo en cuenta la parquedad con que se hacía uso de este aparato, sólo podía presagiar la desgracia.

Tío Luis se levantó de la mesa y se marchó con el vecino, un poco encogido, como si ya sintiera sobre sí el peso de lo que iba a escuchar. En la mesa se hizo un silencio expectante. Como pasaba el tiempo y tío Luis no regresaba, salieron mamá, papá y tío Julián a ver qué ocurría. Tampoco regresaron. Poco a poco se fue vaciando el comedor y sólo quedamos en él los niños y los viejos, mirándonos los unos a los otros con cara de estupor. Resulta curioso el hecho de que ante determinadas circunstancias se equipare a los más pequeños con los más viejos a la hora de mantenerlos segregados, como si los efectos inmediatos de la tragedia no fueran compatibles con las edades extremas y sí con una edad mediana llena de capacidad resolutoria para enfrentarse no a la tragedia en sí sino a todos los pormenores prácticos que suelen siempre derivarse de ella.

Transcurrido un buen rato volvieron a entrar todos en el comedor imbuidos de una especie de aura de clandestinidad y en un tono decididamente conspirador manifestaron su deseo de salir a tomar café al bar de Justo, local que en verano solía abrir terraza y organizar las noches de los sábados –ésta lo era– verbenas bajo los plátanos. Tratando de dar a todos sus actos un aire de normalidad –cuando en realidad era precisamente su empeño en afectar normalidad tras aquel mutis colectivo e injustificado lo que les delataba–, nos acostaron a los más pequeños, dieron instrucciones atropelladas, confusas y contradictorias y nos dejaron al cuidado de los abuelos. Hasta yo mismo había notado algo extraño en aquel comportamiento, en sus medias palabras y cuchicheos, en sus miradas llenas de complicidad o de recriminación ante cualquier frase que, dicha en un descuido, pudiera hacer maliciar a los abuelos que allí estaba ocurriendo algo que no querían que se supiera.

Hasta el día siguiente no habríamos de saber que aquella llamada les había anunciado la muerte, en un accidente de carretera, de Daniel, el hijo mayor de tía Carmen y de tío Alonso, hermana y cuñado de mamá, quienes por suerte no se hallaban aquella noche entre nosotros, y como exigía la urgencia del caso habían decidido salir de inmediato hacia el pueblo de la víctima, que se hallaba a once kilómetros del de los abuelos, y donde estaba previsto que llegara el cuerpo (el accidente había ocurrido en la carretera general a unos veinte kilómetros del pueblo en dirección a la capital) una vez se cumplieran los trámites y formalidades legales de rigor. Tras deliberar qué hacer con nosotros y juzgar que era preferible mantenernos segregados, al menos durante esa noche, tanto a los niños como a los abuelos, se inventaron la excusa de salir a tomar café, lo cual no hubiera resultado tan inverosímil, pues aquellas reuniones solían concluir la mayoría de las veces de ese modo, a no concurrir el asunto de la llamada. Bastaba ver las miradas aterradas de los dos ancianos para advertir que la tragedia tenía ya acento en ellos, y que todo aquel disimulo, por otra parte bastante chapucero, no había servido más que para entregarlos a una interminable noche de angustia. Nada preguntaron sin embargo, haciendo gala de una discreción exquisita en pugna con su evidente inquietud, acostumbrados a asumir como niños las disposiciones de sus hijos ya más cualificados que ellos para llevar las riendas del drama.

Al otro día nos llevaron al entierro, al que acudió la mayoría de los habitantes del pueblo como suele acontecer cuando muere una persona joven. La casa despertó con un ajetreo inusitado, papá, mamá y tía Julia, la mujer de tío Luis, habían regresado para recogernos a los niños y a los mayores y llevarnos al funeral. Todo aquel trajín, los preparativos y la perspectiva del viaje, sumergido en un mundo inocente donde la tragedia aún no me podía afectar, me colmaron de felicidad.

Era una mañana ventosa con grandes cúmulos que pasaban veloces arrastrando sus sombras sobre la tierra como enormes alas de quiróptero. Recuerdo perfectamente el viaje en el automóvil de papá, que por entonces tenía un robusto mil quinientos. El abuelo iba a mi lado cabizbajo, sujetando su boina con ambas manos sobre el regazo, y

yo miraba el cielo lleno de nubes y me preguntaba si cuando el abuelo fue niño había visto también un cielo así, con nubes de similares formas, con esos mismos tonos de azul, blanco y gris, máxime cuando yo por entonces, por una común deformación cinematográfica, creía que la de nuestros abuelos había sido una época en tonos blancos, negros o sepías, donde todo el mundo tenía prisa como en las películas de Charlotte o de Pamplinas y el color era una conquista del hombre, como la penicilina o los vuelos espaciales. Durante todo aquel breve trayecto, en el que se dedicó a contemplar ensimismado la calzada por la ventanilla, el abuelo hizo tan sólo un comentario, para mí incomprensible, que se me antojó revestido de un sentido mágico. Sus palabras, pronunciadas con una voz y en un tono quejumbroso que no le conocía, fueron: “A cien por hora la carretera se hace agua.”

En la casa del difunto, todo el mundo afectaba una gravedad y una compostura entre solemne y abatida. Había en los saludos una especial emoción y en las voces algo vibraba de forma imperceptible. Los besos hacían un ruido triste y seco, como cañas al romperse y las manos se demoraban más de lo habitual en los hombros o en las mejillas de los niños o se estrechaban con más fuerza, como si hiciera muchos años que sus dueños no se hubieran visto o presintieran tal vez que aquel sería su último encuentro. Lo que allí flotaba, como un estrato de humo al fondo de una habitación donde se ha fumado ininterrumpidamente durante toda la noche, era esa conciencia dolorosa del tiempo que irrumpe siempre de la mano de la tragedia y hace que la vida por un momento se sienta de una forma más apremiante, como un estremecimiento interior que nos predispone a irrisorios propósitos de enmienda, a ser un poco mejores, a hacer más felices a los seres que amamos, a manifestarles más abiertamente nuestro cariño antes de que sea demasiado tarde. Advertí que todos me trataban con una efusividad callada y cómplice y casi adolorida. Me daban grandes besos detonantes y húmedos y me estrechaban con más fuerza que nunca, a mí y a todos los pequeños, como si pretendieran lavar en nosotros, en nuestra inocencia, como en un arroyo fresco, desbocado y pujante, las manchas que la muerte les había dejado en la piel. Éramos acaso el símbolo vivo de la continuidad de un mundo que ellos, en su dolor, no alcan-

zaban a vislumbrar, pero que nosotros, ajenos a él, imposibilitados aún para sentirlo, teníamos nítidamente delante.

Yo, que recordaba la casa, pues había estado en ella de visita con mamá hacia sólo unos días, notaba que la disposición de los muebles había cambiado. Hubo un momento en que me zafé de los brazos de mamá, salí de la cocina a donde nos habían llevado y entré en un cuarto lleno de sillas dispuestas al rededor de todo su perímetro. Sentadas en aquellas sillas había numerosas mujeres vestidas de negro que lloraban a intervalos, como si se turnaran siguiendo un orden aleatorio en una tarea, la del dolor, demasiado ardua para ser afrontada en solitario. Los rostros rojos, congestionados, borrosos bajo los pañuelos blancos y rígidos. Al principio todas aquellas caras deformadas por el llanto me resultaron extrañas. Luego una de aquellas mujeres reparó en mí y me llamó por mi nombre. Advertí entonces que aquel rostro extraño y enrojecido pertenecía a tía Carmen, la madre de Daniel, y al instante reconocí también, en el rostro de la muchacha que se hallaba a su lado, el de la prima Adelina, la única hija con que contaba ahora junto con Tomasín, mi otro primo. En el centro de la pieza, abierta sobre el suelo, había una caja de madera. No pude evitar echar una rápida ojeada y vi una tosca reproducción en cera de mi primo Daniel con las manos sobre el pecho y unos algodones asomando por los agujeros de su nariz. Tía Carmen se levantó y vino hacia mí, me cogió en brazos, murmuró unas palabras que no pude comprender y me dio un beso húmedo y tibio, lleno de lágrimas.

Jamás habría de olvidar aquella tarde luminosa de verano, extrañamente moteada de luces y sombras, aquel aire lleno de vapores de lágrimas, sudor y fugaces perfumes espurios, pero no por su trascendencia dolorosa, no por su lento transcurrir, dilatado bajo el tiempo del dolor que se enquistaba en el presente como el musgo en la piedra, todo eso a mí no podía afectarme aún, sino por la inusual expresión de aquellos rostros que me rodeaban, que conocía y que entonces casi extrañaba, y por lo insólito de sus actos.

Cuando dieron las siete alguien avisó de la llegada del cura. Un grupo de hombres cargó la caja sobre sus hombros y la comitiva se puso en marcha hacia la iglesia. Entre

los que llevaban el ataúd vi a papá, a tío Luis y al primo Tomasín, el hermano menor de Daniel, que tendría entonces unos dieciséis años. Este gesto, el de cargar sobre sus hombros la caja en la que se encuentran los restos del padre, la madre o el hermano, constituía entonces en los pueblos para muchos muchachos el cruce de esa línea de sombra que separa la niñez de la edad adulta. Al niño, acostumbrado a mantenerse al margen de la sordidez del mundo, a que otros paguen por él, lo alimenten o lo visiten, a dejarse llevar en todo momento y circunstancia, de repente, sin que a penas se diera cuenta, comenzaba a exigírsele una actitud activa e independiente en algunos ritos y ceremonias y un cierto compromiso en los asuntos familiares, hasta que un buen día se esperaba de él un gesto trascendente e iniciático, que determinaba el comienzo de su pago de contribución a la vida, y era entonces cuando advertía que junto con su propio padre, madre, abuelo o hermano, lo que llevaba a enterrar camino del cementerio dentro de una caja de madera era su propia inocencia.

Pero lo que jamás podrá borrarse de aquella tarde fue la imagen de la abuela arrojándose sobre el ataúd de su nieto sin dejar de pronunciar, en un tono sibilante y con una voz que nunca antes le había oído y que me estremecía, una letanía sobrecoyectora y delirante, llena de diminutivos y de expresiones automáticas, un balbuceo no exento de cierta poesía candorosa. El dolor, capaz de infundir a las gentes más sencillas una aureola de grandeza, inspiraba a la abuela palabras desconocidas, como a esos vates analfabetos que poseídos por la deidad son capaces de pergeñar largos poemas épicos. A veces, más calmada, sofocada por las lágrimas, hablaba a la caja donde se hallaba la tosca réplica de su nieto mayor como le habría hablado a un bebé. Todo ello contrapunteado por los gritos desgarrados de dolor de mis tías y sobre todo de la madre y la hermana de Daniel. Alguien, con el rostro lleno de serena pesadumbre, como el de una pietà, la tomó suavemente de los brazos, la alejó de la caja y la llevó casi en volandas hacia el grupo familiar, mientras dos operarios con rutinarios ademanes introducían el ataúd en el decente nicho y levantaban tras él un pequeño muro, un delgado tabique tan frágil como todo aquello que el hombre opone a la muerte.

Aquel día aprendí que los pobres cuando expresaban su dolor eran caudalosos y feraces como la tierra que se los tragaba.

De regreso a casa de los abuelos, tras una cena improvisada y frugal, mamá me hizo acostar temprano. Aquella noche mi habitación parecía crujir con los ruidos familiares y a la vez lejanos de un desván quejumbroso y desde mi cama de hierro fundido, enorme como una galera campesina, sentía que las toscas paredes encaladas se cernían sobre mí para aplastarme. Hasta el tacto de las sábanas, aquellas sábanas de hilo o de holanda llenas de zurcidos que me las hacían todavía más acogedoras (como si la paciencia que se había empleado en remendarlas las hubiese impregnado de un sutil narcótico), me resultaba áspero e irritante. Sentía un miedo vago e impreciso y no podía quitarme de la cabeza aquel muñeco de cera que representaba a mi primo Daniel encerrado en aquella diminuta y oscura celda. Me levante, corrí a la habitación de mis padres e irrumpí en ella despertándolos y suplicándoles que me dejaran acostarme en su cama. Al principio mi petición no pareció hacerle a papá ninguna gracia. Finalmente mamá, extrañamente comprensiva y condescendiente, le convenció.

Al cabo de un tiempo, mientras me fingía dormido les oí hablar:

– ¿Duermes? –preguntó mamá a papá en un susurro.

– No –respondió él igualmente en voz queda.

– Estaba pensando... ¿crees que la otra noche fui demasiado dura con mamá?

– ¿Por qué lo dices?

– Cuando no le dejé probar aquella tarta ¿crees que fui demasiado severa con ella? No se me quita de la cabeza la mirada tan triste que puso.

– Mujer, tampoco es tan grave –objetó papá–, se trata tan sólo de un poco de tarta. Después de lo que ha pasado sólo a ti se te podía ocurrir preocuparte por eso.

– Tienes razón, pero precisamente por eso, por lo que ha ocurrido, es por lo que ahora siento remordimientos. Después de todo esa pobre mujer se ha pasado toda su vida trabajando, ha sacado adelante a siete hijos sufriendo lo indecible para que ahora, encima, se le niegue esa pequeña satisfacción. ¿No te parece que la vida es injusta?

– Bueno – suspiró papá–, así son las cosas. Después de todo no tienes nada que reprocharte, hiciste lo que tenías que hacer.

– Es posible, pero no puedo quitármelo de la cabeza. Por qué negarle un poco de felicidad a esa pobre mujer que ha sufrido tanto.

– Lo hiciste por su bien, olvídale y duerme. Buenas noches.

– Buenas noches –respondió mamá dando un largo suspiro.

Por la ventana penetraba el resplandor de la luna y la luna, en lo alto, semejaba una vaga esperanza, una falsa salida al final del largo y oscuro túnel del mundo. Unos instantes después me quedé dormido.

